

La Gitana

El autobús se detuvo a las ocho en punto, como todas las mañanas, en la parada, tres calles más atrás de mi casa. Nunca fallaba la hora. Ni un minuto más, ni un minuto menos. No tardé nada en subir porque llovía a cantaros y, por mi mala cabeza, me había dejado sobre la mesa del salón el paraguas. Saludé al conductor, que no se dignó a mirarme mientras movía con pesar sus labios para responderme; pasé mi bono bus por el tarjetero y me senté en la parte trasera mientras sentía las miradas penetrantes de los pasajeros. ¿Por qué esa fea costumbre?

Había varias señoras mayores, como era ya habitual, con sus chácharas sobre programas de cotilleo, sus risitas picaronas... Entre ellas se encontraba una que no parecía normal... o por lo menos para mí. Vestía como una gitana de la Edad Media, algo inusual, según como se mire, en pleno siglo XXI. Su rostro estaba marcado por una cicatriz que le caía desde el ojo derecho hasta la comisura de los labios. Y ese mismo ojo, era de cristal. Sus vestimentas eran totalmente harapientas y descoloridas: una falda andrajosa, hecha jirones por la parte de abajo... Su pelo, negro como el azabache, era recogido por un pañuelo verdusco. Y lo que más me sorprendió fue su piel: suave y tersa, sin apenas arrugas por no decir que si la había, no se apreciaban.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando mi vista reparó en ella. Tuve la tentación de sentarme en otro asiento, alejado de ella, pero cuando me vine a dar cuenta, ya estaban todos los asientos ocupados. Ya nada podía hacer, excepto bajarme en la próxima parada y coger otro autobús. Además, parecía que aquella anciana tampoco se iba a bajar pronto.

Intenté mirarla lo menos posible, poniendo mi mirada en el frente, pero era algo muy difícil. Mi vista se giraba hacia ella constantemente, algo que me recordó a la tentación de Adán y Eva hacia la fruta prohibida.

Cuando no la miraba a ella, pude percatarme de que nadie reparaba en la anciana que tenía a mi izquierda, inexpresiva. Me pareció muy chocante, porque no era para pasar desapercibida... De repente sentí cómo su gélido ojo de cristal, borroso por el paso del tiempo, se *clavaba* en mí.

Algo así como un frío escarchado me sacudió, mientras luchaba con todas mis fuerzas a la tentación de no mirarla. Aun así, fue del todo imposible.

La miré de soslayo, con temor, y...

Todo fue oscuridad, es lo único que recuerdo. A partir de aquí sólo evoco que me encontraba en un bosque donde no estaba ni el autobús ni aquella misteriosa anciana...

Me encontré tendido sobre una fría hojarasca que crujía con mis débiles movimientos. Levanté la vista hacia el cielo y, por entre las copas de los árboles pude percibir que era ya atardecer. Me sentí sin fuerzas, y aterrado. ¿Dónde estaba? Yo no había ido allí por mi propio pie, puesto que me dirigía al trabajo. Además, en mi ciudad no había tal bosque. Entonces... ¿quién me habría llevado a aquel lugar? Investigué con la mirada mi alrededor. Árboles por todos lados, hojas, algún que otro pájaro... ¿Dónde estaba todo el mundo? Estaba solo.

Un inquietante pensamiento me asaltó. ¿Estaba muerto y aquello era el Paraíso?

Mi maletín de trabajo estaba a mi lado, y el proyecto que se suponía que tenía que entregar, el que me podría llevar al ascenso, también. Miré el reloj. El tiempo se había detenido. Comencé a temblar. Lo que ocurría no tenía ni pies ni cabeza. Aquello era algo inhóspito. Tanto fue el agobio y el acongojo que se apoderó de mí que me eché a llorar.

—¿Hay alguien por aquí? —grité entre sollozos. Me limpié la nariz, y presté atención...

El eco repitió mis palabras solamente...

Me levanté. Corrí por allí, buscando una salida... Pero daba vueltas sin ton ni son. Estaba en lo que parecía un decorado teatral dentro de un gran cubículo en donde me habían encerrado. No había entrada, pero tampoco salida. Los árboles actuaban de barrera. Me interné entre ellos, y llegó un punto en que no pude continuar. Me topé con una pared hecha, por lo que parecía, de plástico, sobre la que se veía la imagen de la continuación del bosque. Aquello estaba tomando un giro que no me gustaba. Toqué de nuevo, y varias ondas surgieron como cuando se lanza una piedra sobre la superficie del agua.

Me agobié. Me faltó la respiración. Comencé a sudar y a temblar. Busqué mi maletín y el cromoglicato disódico para el asma. Me senté bajo un árbol y lo inhalé. Cuando vine a sentirme bien la noche ya había caído. El frío me sacudió con fuerza como una bofetada...

En medio de la oscuridad, y entre el rugir de mis tripas hambrientas, acompañado del ruido de las bestias nocturnas, vi una especie de luz aparecer a lo lejos que se me aproximaba. Tragué saliva, me armé de valor, y chillé para enfrentarme a mis miedos:

—¿Quién eres? Detente. ¡Te lo ordeno!

Un rayo de luz me cegó y caí redondo al suelo dándome un golpe en la cabeza. Enseguida me recuperé y, al abrir los ojos, tenía ante mí a una joven muy hermosa. Su pelo era lacio y negro como el azabache. Vestía un vestido blanco aterciopelado, ajustado, que silueteaba su cuerpo...

Reparé en su ojo derecho...

—¿Tú? No puede ser... ¡Eres la anciana que había sentada a mi izquierda en el autobús!

Aquella joven me puso un dedo en los labios, y me miró fijamente. Me puse rígido y, en una sensación demasiada rara, sobrenatural, pude ver a través de su mirada el nacimiento de la muchacha en precarias condiciones, su paso de la niñez a la pubertad y... A partir de aquí todo fueron tormentos. Había pasado por varios padres, los cuales habían abusado de ella insaciablemente. Había llorado, suplicado, pero los maltratos habían seguido... Por fortuna había podido escapar, pero ahora iban tras ella...

—¿Por qué enseñas todo esto? ¿Adónde quieres llegar? —pregunté cuando me alejó la mirada, y hube retomado aliento. Me sentí desconocido tras haber viajado a través de los pensamientos de la chica—. Habla antes de que suelte todas las preguntas que guardo.

En vez de hablar, rompió a llorar. Tal situación era para mí demasiado comprometida. ¿Qué hacía? Nada igual se me había presentado nunca. Le acaricié un poco el cabello, le di unas palmaditas en la espalda hasta que se calmó, y pudo hablar:

—Necesito que me ayudes. Soy presa de un maleficio que mi madre me lanzó siendo muy joven: Pasaría de hombre en hombre, los cuales abusarían de mí, me torturarían... hasta acabar con mi vida. Por suerte, ninguno ha conseguido esto último, pero sé que es cuestión de tiempo ya que me persiguen, y, finalmente, la muerte encontraré.

La miré, extrañado.

—¿Por qué tengo que ayudarte...? Espera... ¿Me has traído hasta aquí para que te ayude? Esto es demasiado ridículo. No puede ser...¿Dónde está la cámara de televisión?

La sirena de la ambulancia no daba más de sí. Los coches se hacían a los lados, sin embargo, no era suficiente. Apenas avanzaban. Era plena hora punta, y el tráfico era insostenible.

—¡Necesitamos refuerzos! —urgió una enfermera en cuanto su llamada fue aceptada en la centralita del hospital—. Hay demasiados heridos. Nosotros llevamos uno que es el más grave de todos. En la zona del accidente se han quedado varios enfermeros. ¡Rápido!

Tras colgar, la enfermera se acercó al herido, y le examinó las pupilas.

—¡ID MÁS RÁPIDO! Necesita una intervención urgente, o lo perderemos aquí...

—Yo no te he traído aquí, has venido tú solo —puntualizó la joven sonriendo con dulzura, una sonrisa que parecía calculadora y fría—. No obstante, tengo que decir que me alegra tu llegada, porque así me ayudarás.

—¿Quién ha decidido eso? Que yo sepa, yo no he sido —objeté, frunciendo el ceño.

Unos ecos como de gente salvaje se escucharon a lo lejos. La muchacha comenzó a temblar como si fuera sacudida por un gigante. Se levantó, me agarró de un brazo y me llevó lejos de allí por entre los árboles. Intenté soltarme. ¡Estaba loca! ¡Chocaríamos contra la pared de plástico! Sin embargo, nada de eso sucedió, y me dejó atolondrado. Me condujo hasta una cueva, y me llevó muy al fondo; me tapó la boca a pesar de que yo debatí porque no fuera así, pero fue imposible. Poseía una fuerza superior a mí.

Permanecimos en silencio no sé cuánto tiempo hasta que escuchamos el griterío de doce hombres llamando a Elisa. En seguida miré a la muchacha y percibí que era a ella a la que buscaban. Comprendí que lo que me había contado era totalmente cierto, y que si yo no ponía remedio iba a morir. Pero, ¿por qué yo? ¿No había nadie excepto yo que pudiera hacer esa labor? ¿Y cómo ayudarla?

Los hombres se alejaron de la boca de la cueva, y una luz se encendió dentro, una luz que me cegó. Elisa me agarró una mano y me preguntó con una nueva voz celestial: ¿Me ayudarás?

Suspiré, resignado, y acepté. *Total, pensé, esto sólo es un sueño.*

—Dime, ¿cómo puedo ayudarte?

Elisa se desnudó delante de mí. Me quedé perplejo ante lo que vi. ¡Su cuerpo era el de una anciana! Carnes flácidas, pechos caídos, arrugas... Y, había una excepción, su rostro no poseía ninguna arruga. Todo era demasiado inverosímil. ¿Qué estaba sucediendo...?

Un puñal se materializó en la mano de Elisa. Era de cristal fino y en la guarnición se encontraba como decoración la talla en miniatura de una calavera.

—Ofréceme tu Alma, y seré libre para siempre...

Y sin que yo pudiera impedirlo, se lanzó sobre mí...

—¡¡LO PERDEMOS!! —gritó el cirujano—. ¡¡EL DESFIBRILADOR!! ¡¡RÁPIDO, RÁPIDO!!

Conseguí desasirme de Elisa y lanzarla lejos de mí. Me puse en pie, dispuesto a salir corriendo de allí, pero no pude evitar mirarla y... Mi sangre se heló. Sentí que el diablo estaba cerca... No había rastro de Elisa por ningún lado, sino una capa negra sin rostro tirada en el suelo de la que salía una mano huesuda... Y el puñal se había convertido en una guadaña...

La capa se irguió...

Entonces, lo comprendí todo...

—Ya está fuera de peligro —anunció el cirujano, quitándose el sudor de la frente.

Horas más tarde el paciente fue llevado a una habitación. Había despertado de la anestesia, aunque se encontraba un poco aturdido. Cuando volvió del todo en sí...

—¡¡Apartadla de mí!! ¡¡Alejadla!! ¡Quiere matarme! —chillé ante lo que tenía enfrente. La Muerte me había perseguido, estaba en la habitación, a los pies de la cama, mirándome con su fría y, a la misma vez, encantadora sonrisa. Mi esposa intentó calmarme, pero era una ardua tarea.

Elisa se acercó a mí a la vez que mi corazón estaba al borde de estallar. Me puso un dedo en el corazón, y me susurró al oído:

—Pocas personas se libran de mí, pero tú lo has conseguido. No obstante, te advierto: guárdate bien porque no te voy a perder de vista lo más mínimo. Y cuando menos lo esperes, conseguiré lo que me pertenece: Tu alma.

Y se esfumó...

Más tarde pude comprender a la perfección que aquella mañana del doce de febrero, en el autobús, la muerte había subido para ganarse el alma de personas inocentes y que, sin embargo, se había decantado por mí, y por eso únicamente yo la había podido ver. Había sido muy astuta, y había jugado a la perfección el juego de rol que sigue desde tiempos inmemorables...

Gracias a Dios, aún no ha venido de nuevo a por mí. Pero siempre estoy alerta. Y te advierto, mira a alrededor: tal vez te esté rondando, y quiera tu Alma antes de tiempo.